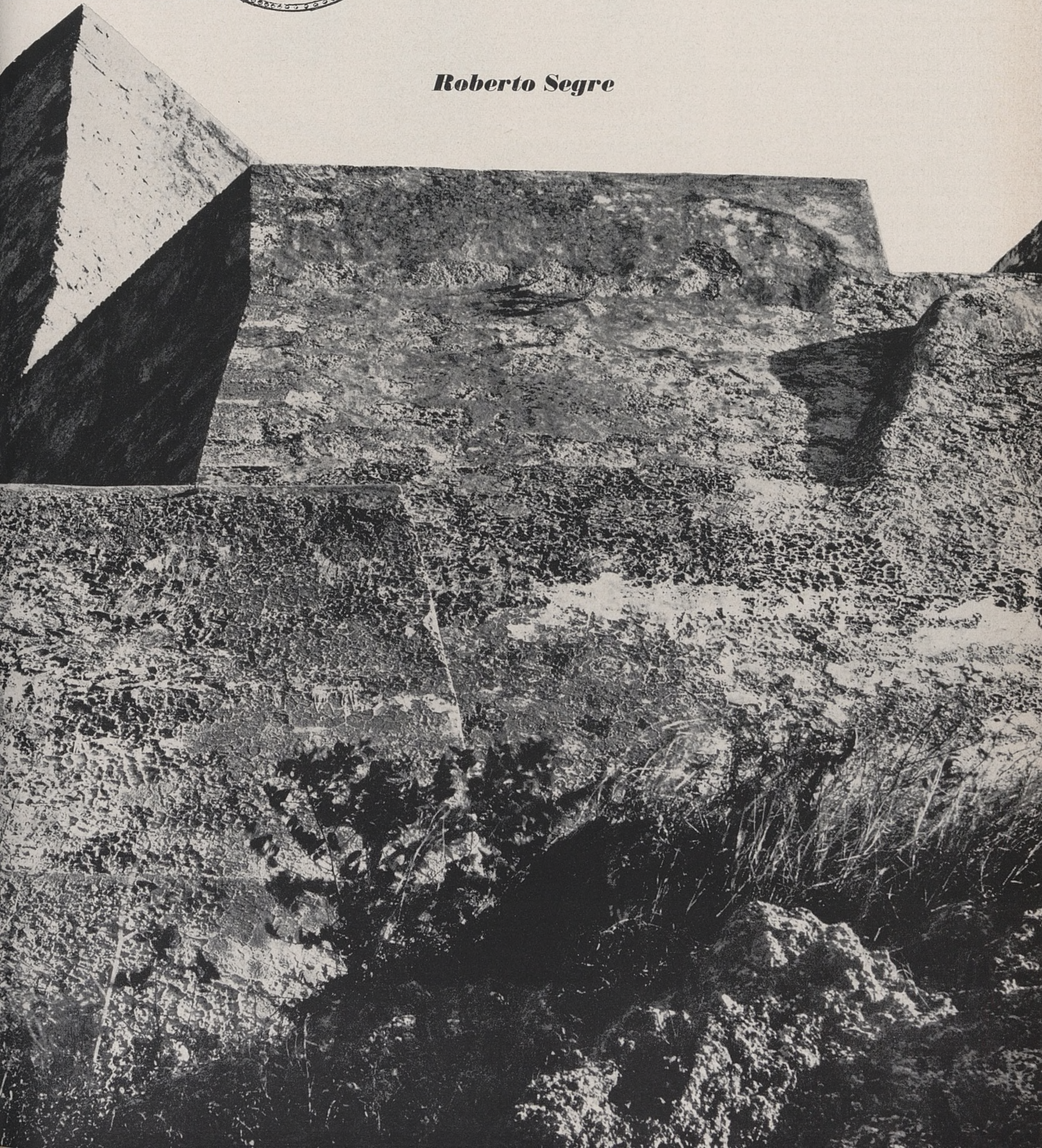




***Las fortificaciones coloniales  
de Cuba***

***Roberto Segre***

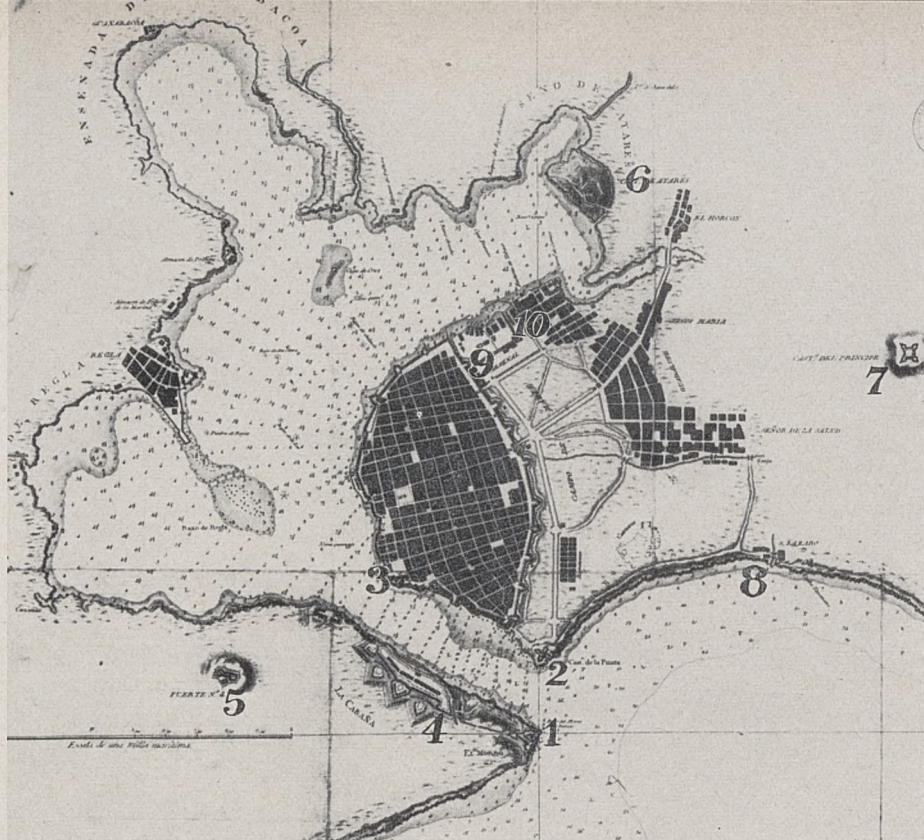




En el siglo el tema de la arquitectura militar ha perdido vigencia tipológica. Las últimas grandes fortificaciones — bastiones, murallas, fortalezas — pertenecen al siglo XIX, aunque prolongadas ineficazmente en nuestro siglo por las ciclópicas construcciones de las líneas Maginot y Sigfrido. Los modernos medios agresivos en poder del hombre han causado la desaparición de la arquitectura como factor decisivo de protección. Es decir, hay una negación de la arquitectura en los invisibles y subterráneos albergues de los centenares de cohetes dispuestos a provocar el suicidio colectivo de la Humanidad. Frente a la bomba atómica no hay defensa arquitectónica posible: la única solución, volver al vientre de la tierra, refugiándose en la caverna primitiva, equipada hoy con todos los adelantos de la técnica, donde unos pocos sobrevivirían a la catástrofe.

La arquitectura no participa en la guerra moderna, definida a partir de dos polos extremos: los cohetes intercontinentales o la lucha cuerpo a cuerpo en campo libre. El soldado puede parapetarse eventualmente detrás de una construcción, pero esta no será ya aquella realizada a tal fin, o sea la guerra limitada a las acciones obligadas alrededor de unos puntos preestablecidos, centros de decisión de la acción bélica — ciudades, fortalezas y castillos — pertenece al pasado histórico.

Por ello, las fortificaciones militares constituyen hoy una experiencia arquitectónica que trasciende el marco técnico o la lectura histórica del tipo compositivo, para asumir un valor — quizás no otorgado por los diseñadores — plástico, espacial, urbanístico y ambiental, y a la vez humano, al quedar definido un ámbito formal configurador del límite físico dentro del cual se desarrolla la vida social: citemos los castillos medievales o las ciudades renacentistas. Hay períodos de la historia de la cultura occidental en que la existencia del hombre frente a la naturaleza se hace visible por medio de la arquitectura militar, constituyendo una estructura geométrica sumada o contrapuesta a las formas naturales. Una configuración proveniente de grandes masas cúbicas — la necesidad de protegerse detrás de la densidad de la materia — volúmenes adosados e interpenetrados que manifiestan, además del guarecimiento, el deseo de rediseñar, de racionalizar el ambiente físico. Frente a la montaña natural — libre composición orgánica — aparece una segunda montaña regular, neta en sus perfiles de piedras escuadradas, en sus juegos de luces y sombras. La persistencia del ideal de belleza implícita en las formas geométricas puras, fija la recurrente revalorización de estas gigantescas masas de piedra: el genio iluminista de Boullée las utiliza para representar la absoluta claridad de la razón a escala de toda la comunidad en sus monumentales puertas y murallas urbanas; la



### José del Río. Plano del puerto y la ciudad de La Habana. 1798.

*Fortificaciones de La Habana en el siglo XVIII.*

- 1 — Castillo del Porro
- 2 — Castillo de La Punta
- 3 — Castillo de La Fuerza
- 4 — Fortaleza de San Carlos de la Cabaña
- 5 — Fuerte No. 4

- 6 — Castillo de Atarés
- 7 — Castillo del Principe
- 8 — Torreón de San Lázaro
- 9 — Murallas
- 10 — Arsenal y Campo de Marte.

recomposición del volumen macizo — factor perdido y reencontrado en la arquitectura moderna — lleva a Louis Kahn al estudio detallado de castillos y fortalezas descubriendo en ellas las complejas leyes geométricas que rigen los compactos muros configuradores de espacios y volúmenes, relegadas al olvido por el elementalismo contemporáneo.

La arquitectura militar suele estudiarse antes que arquitectónica, técnicamente, partiendo de los principios establecidos por la ciencia militar: o sea, antes que obra de arquitectura, considerada obra de ingeniería y como tal excluida en su mayor parte de las historias «clásicas» de la arquitectura. Esta concepción es errónea, aún cuando numerosas fortificaciones a partir del Renacimiento sean diseñadas prevalentemente por ingenieros, ya que las premisas técnicas — estrategia, balística —

nunca determinan la cristalización de soluciones tipo debido a la existencia de otras variables; funcionales, materiales y ambientales. Sin duda alguna, el repertorio de formas no proviene de la aplicación de los órdenes clásicos ni de los factores típicos definitorios de un «estilo», sino de una adherencia rigurosa a una funcionalidad sin concesiones dedocativas. Pero esa falta de decoración no es falta de forma, de volumen ni de espacio, únicos elementos, hoy para nosotros, representativos de una concepción arquitectónica.

Durante la Edad Media el repertorio formal de las fortificaciones queda circunscripto por los siguientes factores: la relación directa hombre-hombre — atacante-defensor — basada en el reducido alcance de las armas de la época, permite una libertad compositiva del muro protector; la presencia dominante del medio natural caracterizado — cúspide rocosa de colinas y montañas — cuya topografía impone de por sí la forma de la planta, o sea, una estructuración «orgánica» de la arquitectura; la necesidad del cierre o límite neto, la envoltura del espacio social interior fijando el carácter cerrado, unitario y volumétrico — la unidad-castillo — de las formas en desarrollo vertical.

En el Renacimiento, la relación hombre-hombre es mediatizada por la presencia del cañón. Las directrices lineales, diagonales



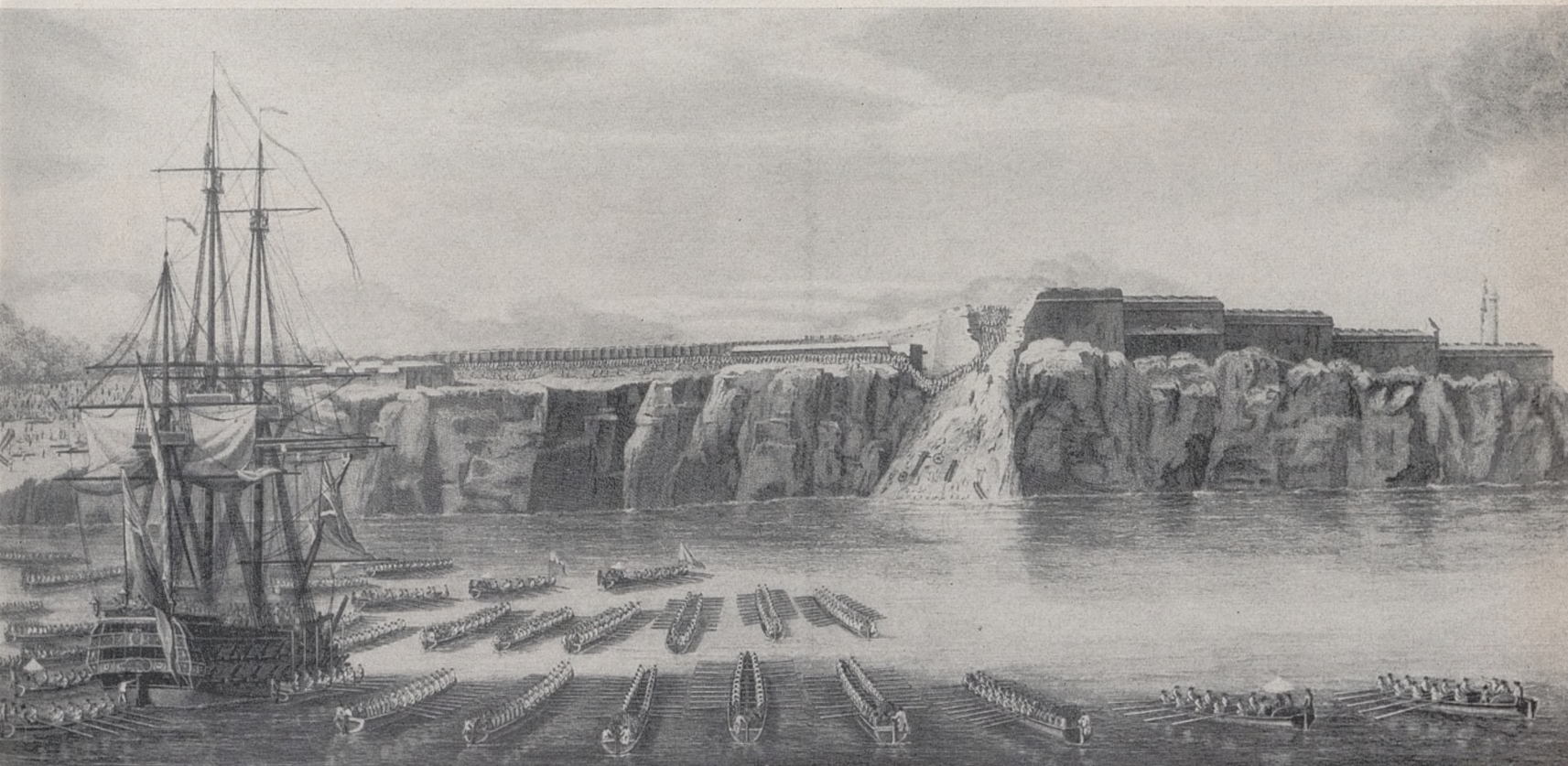
y parabólicas de las armas de fuego, establecen ahora la tipología formal. La inexorabilidad de las leyes físicas, geométricas y matemáticas impone una respuesta arquitectónica reductora de la libertad compositiva medieval a un sistema de formas regulares. Bastiones trapezoidales, murallas poligonales o estrelladas, inscritas en círculos o cuadrados, constituyen, a partir de las experiencias de Leonardo da Vinci, Filarete o Francesco di Giorgio, el repertorio defensivo del Renacimiento. Esta regularidad no es mero producto de la nueva estrategia militar: la idea de belleza implícita en los cuerpos geométricos regulares, generadores de los sistemas compositivos, rigen, tanto el trazado de una pintura — la Divina Proporción — como el trazado de una ciudad — las poligonales cerradas. La unidad-castillo pasa a ser la unidad-ciudad, base de la nueva estructura defensiva, cuya proyección urbanística — aún conservando el carácter de forma cerrada — se manifiesta en la repetición de las « islas » urbanas libres, contrapuestas a la célula feudal.

La perfectibilidad de los esquemas geométricos establece una repetición de « modelos » de fortificaciones, asumidos técnicamente, pero al mismo tiempo impone la búsqueda de una transformación, superando así la cristalización del tratado.

Miguel Angel demuestra como la base técnica — científicamente objetiva — del recorrido del proyectil no implica una configuración arquitectónica obligada. Las fortificaciones de Florencia recuperan en su organicidad plástica la presencia del hombre en movimiento a lo largo de los baluartes: el punto de partida no es solo el movimiento fijo parabólico, sino la dialéctica relación dinámica entre las infinitas posiciones de los fuegos atacantes y los infinitos puntos defensivos desde los cuales se repele la agresión. Para Miguel Angel la dinámica de la guerra, la apertura de las acciones estratégicas, cambiantes vez por vez, no pueden determinar una forma arquitectónica cerrada: las murallas de la ciudad no reciben una configuración geométrica y homogénea sino por el contrario, cada frente defensivo responde a una situación específica, representada volumétrica y especialmente por la arquitectura.

La mayor complejidad y efectividad de las armas alcanzada durante el Barroco, conducen a formas elaboradas y proyectadas fuera de los límites del baluarte y de la muralla continua: la defensa implica también la ocupación del territorio rural con elementos retardatorios del enfrentamiento final. Vauban es el artefice de un sistema arquitectónico y urbanístico que equilibra la persistencia de la forma cerrada renacentista con la solución dinámica de Miguel Angel. La pureza compositiva de las primeras fortalezas reducidas a formas geométricas simples, ha sido reemplazada por una sucesión escalonada de formas y espacios expresivos de la compleja geometría barroca. Practicamente, aquí, la arquitectura militar llega a su fin: cuando los medios agresivos y la movilidad de los ejércitos permita una acción a distancia y fuera de las plazas fuertes, los elaborados bastiones quedarán inutilizados, reducidos a mero grafismo visual — Palmanova — y vaciados para dar cabida a los flujos circulatorios de la ciudad en crecimiento — los « boulevards » de París o Viena.

*Vista de la toma del Morro de la Habana por los Ingleses en 1762. Grabado de Dominique Serrez.*

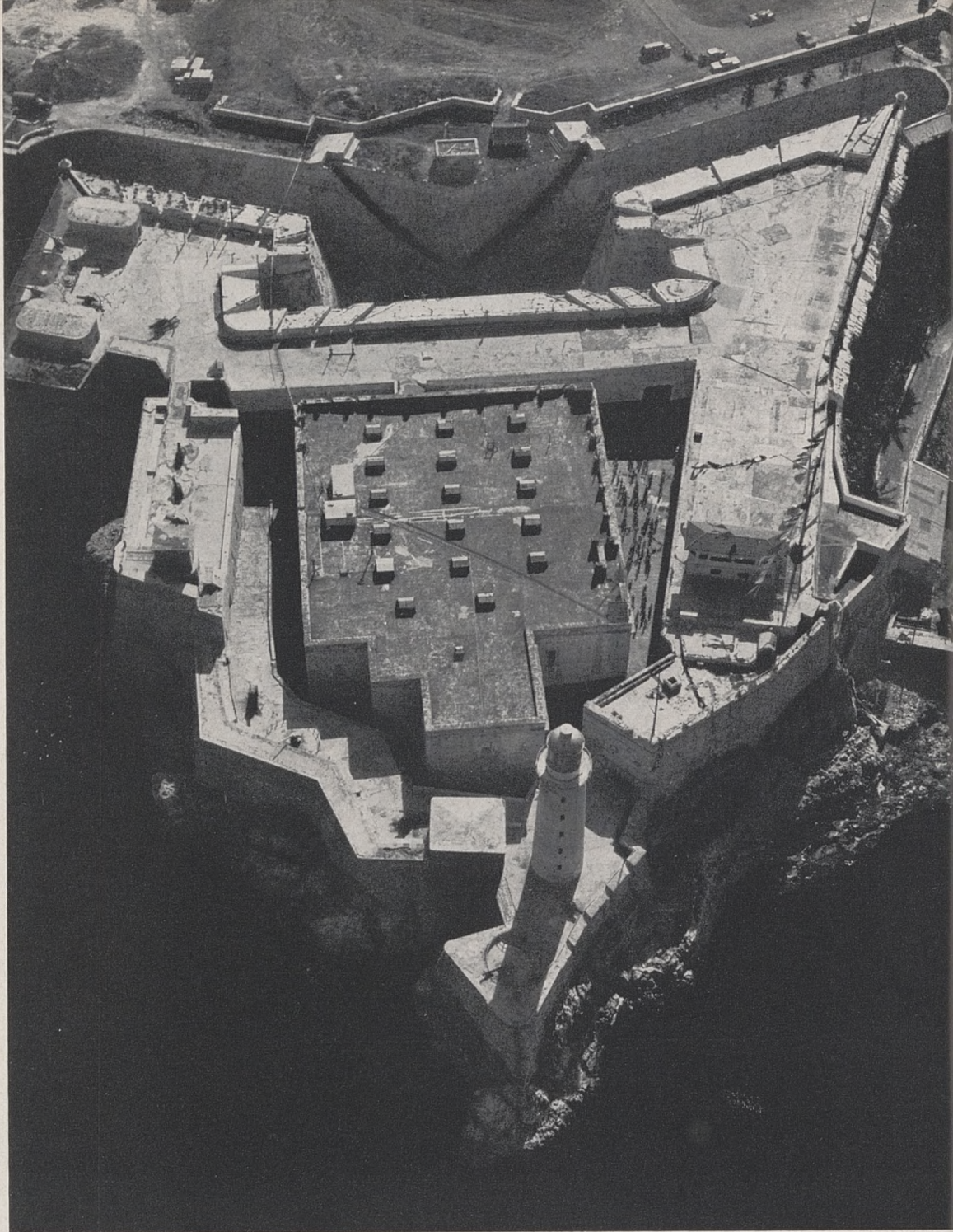




Las fortificaciones americanas no provienen de una simple proyección del proceso enunciado fuera de Europa, sino que a su vez determinan un aporte original al tema de la arquitectura militar. Esta originalidad coincide con la particularidad del fenómeno originario: el descubrimiento y conquista de América por los españoles en el siglo XVI, la apropiación de un continente poseedor de fabulosas riquezas, extraídas para beneficio de los Reyes de España, quienes consolidan el gran imperio colonial y necesitan defenderlo de la acción agresiva de los restantes países europeos, ávidos de obtener una participación en tan fácil riquezas.

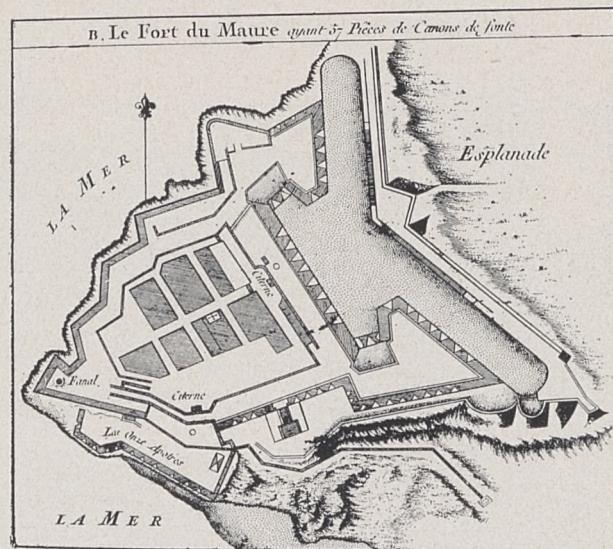
Por medio del monopolio, España establece el control absoluto de las riquezas americanas, concentrando el intercambio entre América y la Península en unos pocos puntos claves en los puertos del Caribe: San Juan de Puerto Rico, Santo Domingo, Portobelo, Cartagena de Indias, Veracruz y La Habana. Cada uno o dos años, la flota española cruza el Atlántico, los galeones recogen las riquezas acumuladas en las ciudades y vuelven a España. Pero el movimiento marítimo no será arbitrario; el conocimiento de las corrientes marinas y los vientos imponen un circuito fijo: entrada por las Antillas Menores, salida hacia el Atlántico Norte por el estrecho de la Florida. Fijado el circuito, Cuba asume un papel estratégico fundamental, por dos razones: el cierre de los pasos del Estrecho de Yucatán y la Florida, las óptimas condiciones naturales y de ubicación del puerto de La Habana, convertido en punto de concentración de la Flota, desde el cual se inicia el retorno a España.

Si bien las restantes naciones europeas — Inglaterra, Francia y Holanda — tratarán de apropiarse de los territorios españoles por medio de las guerras tradicionales, recurrirán a otro sistema más económico y eficiente, que marcará la tónica de las luchas en el mar Caribe: la piratería. Durante casi un siglo — desde mediados del XVI a fines del XVII — los nombres legendarios de Francis Drake, John Hawkins, Henry Morgan, Piet Hein, Jacques de Sores y otros, atemorizarán puertos y flotas españolas, blancos continuos de feroces depredaciones. Resulta difícil imaginar que por un grupo de aventureros, España deba invertir cuantiosas sumas de dinero para construir la constelación de fortalezas americanas; pero la inversión era justificada si pensamos en la esporadicidad de los viajes de la flota que obligaban a fuertes concentraciones de riquezas en los puertos del Caribe. Un ataque a una ciudad o a una flota representaba un beneficio de varias decenas de millones de dólares: cuando en 1628 la escuadra de Piet Hein asalta frente a Cuba la flota española, se apropia de un tesoro que permite a la «Compañía de las Indias Occidentales» otorgar a los accionistas un



El Morro de la Habana (1589-1630)

Jacques Nicolas Bellin, 1703-1772. (1762).



dividendo del 50%. En 1631, la flota dirigida por Tomás de Larraspuru, consigue escapar de la persecución del pirata holandés Jool's llevando en sus bodegas 80 millones de dólares.



Así como la explotación de un continente es un hecho insólito para el incipiente capitalismo de la época, también lo es su defensa; la creación de una estructura defensiva intercontinental fija la nueva escala del problema. España, recién alcanzada la reunificación territorial en la nueva Reconquista contra los árabes, a pesar del desarrollo de una significativa arquitectura militar, no se hallaba en condiciones de resolverlo; los castillos levantados uno por uno en la defensa del territorio reconquistado palmo a palmo en esta guerra de siglos correspondían a las tradiciones constructivas y formales medievales, sin nexo alguno con las nuevas técnicas guerreras. Por lo tanto España recurre a los especialistas en la materia para encarar las fortificaciones americanas. Una familia de arquitectos italianos, de apellido Antonelli, dirigirá por casi tres generaciones las obras defensivas, imprimiéndoles una particularidad que las diferencia de la arquitectura militar española.

Hasta la llegada de Bautista Antonelli al Caribe (1586), las fortificaciones realizadas provenían de la respuesta inmediata de los colonizadores ante la acción agresiva de los piratas: ya en 1537 La Habana fué arrasada por un pirata francés y en 1555 Jacques de Sores incendia la ciudad y destruye la precaria fortaleza existente. Son obras realizadas con escasos recursos económicos y técnicos que representan la primera transposición en América de los principios defensivos renacentistas, en las cuales el cambio de los factores incidentes en la estrategia americana no alcanza aún a transformar la tipología rígida enunciada por Francesco di Giorgio. El castillo de la Fuerza de La Habana, construido en 1558

por Bartolomé Sánchez, pertenece a esta etapa, aunque desde el punto de vista constructivo, demuestra la presencia de una mano de obra experimentada en el uso de la piedra, poco usual en un período en que la arquitectura urbana era predominantemente de barro y paja. De planta cuadrada, simétrica biaxialmente, reproduce el modelo tradicional de cortina recta, con cuatro bastiones trapezoidales, circundados por un foso lobulado, formando una masa compacta de piedra, excavada en su interior por espacios abovedados que comprenden hasta el mismo bastión — se la considera la primera fortificación en América donde aparece el caballero con su casamata interior — rodeando un pequeño patio interior. A pesar de su maciza solidez — 5,40 m. de espesor en las paredes de la cortina, de 5 a 11 m. de espesor en los baluartes — nunca desempeñó un papel estratégico significativo en la defensa de La Habana. Una vez construidos los Castillos del Morro y la Punta, se levantó una nueva planta, para fungir de residencia de los Gobernadores de la Isla.

La diferencia entre las condicionantes europeas y las americanas radica en que generalmente en el primer caso los agresores provienen de la tierra, mientras en el segundo del mar. Las ciudades amuralladas y fortificadas italianas, ubicadas en las llanuras o en ligeras prominencias permiten la aplicación de los esquemas simétricos, tanto de las fortalezas como de las murallas, constituyendo el cierre homogéneo de una estructura defensiva unitaria. Pero en América, la ciudad se encuentra a orillas del mar — es principalmente puerto — o dentro de profundas bahías o ensenadas que permitan albergar las flotas y a la vez defenderlas: este obliga, más que a la fortificación estrictamente urbana, el diseño de castillos o fortalezas en las bocas de las bahías, prolongando las defensas propias de la ciudad. En este sentido el castillo de la Fuerza fué concebido como típica fortaleza de encabezamiento urbano, unida a las murallas de la ciudad y presidiéndolas, colocado en el interior de la bahía de La Habana, sobre el terreno plano en el mismo nivel de la ciudad, sin tener en cuenta las alturas dominantes que circundan el casco urbano desde las cuales es posible reducirlo fácilmente.

Las obras proyectadas y realizadas por Bautista Antonelli, continuadas luego de su regreso a España (1608) por el hijo, Juan Bautista y el sobrino Cristóbal de Roda, demuestran el rechazo de los esquemas formales apriorísticos. Durante la estadía en el Caribe, diseña las fortificaciones de Cartagena, Santo Domingo, el Morro de Puerto Rico, el puerto de Veracruz y la isla de San Juan de Ulúa, el Castillo de Santiago de Araya en Venezuela, y las fortalezas del Morro y la Punta



*El Morro de la Habana. Terrazas degradantes en el promontorio de Piedra de La Bahía.*

Photos Paolo Gasparini



de La Habana. Aunque el Morro de Santiago de Cuba es posterior a esta serie de fortificaciones, debemos reconocer cierta similitud de los elementos aportados por Antonelli, quizás transmitidos por su hijo quien visitara dicha ciudad en 1639.

No es casual la coincidencia en Cuba de tres de las mayores fortalezas de América Latina; el Morro de La Habana, el Morro de Santiago de Cuba y un siglo más tarde, la fortaleza de San Carlos de la Cabaña, a pesar de no poseer metales preciosos ni recursos económicos propios que permitieran financiar dichas construcciones, pagadas con el «situado» de México y las arcas de la Corona. La forma longitudinal de la Isla, cerrando el arco de las Grandes Antillas y la existencia de puertos naturales utilizables por los galeones, permitía la creación de una secuencia defensiva con el fin de mantener protegidas las rutas principales: el canal de la Florida, defendido a su vez el fuerte de San Agustín en la península de la Florida, y el canal viejo de las Bahamas, ruta dominada por los españoles a lo largo de la costa occidental, que comunicaba La Habana con Santo Domingo y Puerto Rico, controlada en sus puntos extremos por las fortalezas de Matanzas y Baracca.

Esta intensa actividad, desplegada en tan corto tiempo, expresa la imperiosa necesidad sentida por la Corona, de establecer el sistema defensivo del Caribe, otorgando a estas construcciones, la prioridad absoluta sobre las restantes, tanto en mano de obra como en inversiones. De allí el violento contraste entre una arquitectura aún primitiva y rústica en las ciudades, y la complejidad formal, técnica y estructural de las construcciones militares: lo importante es proteger los tesoros antes que albergar a los hombres. La perfecta simetría renacentista tiende a desaparecer ante la diversidad del medio geográfico y de los ejes direccionales defensivos, impuestos por la doble sollicitación de la protección terrestre y marítima. Cuando las condiciones lo permiten, subsiste la integridad de la forma continua cerrada, tensadas en prolongaciones asimétricas, de penetración hacia los puntos de mayor valor estratégico: tal es el caso del Castillo de San Salvador de la Punta en La Habana (1590) o del Castillo de Santiago de Araya en Cumaná (1604). La idea de la compacidad maciza de la materia pétreo del Castillo de la Fuerza es substituída por la protección originada en la conjunción de materia y forma; ello genera una mayor soltura planimétrica y altimétrica que reduce la forma a una cinta continua alrededor del patio abierto de amplias dimensiones.

Al estudiar las defensas de La Habana, Antonelli verifica la escasa utilidad del castillo de la Fuerza y propone la construcción de dos fortalezas, cuyo fuego cruzado impida la entrada a la bahía, planteando además su cierre con una cadena flotante. El castillo de los Tres Reyes del Morro comienza a construirse en 1589 y queda terminado en 1630. El arquitecto italiano no podía mantener aquí las poligonales regulares, ni el desarrollo en un solo plano típico de las fortalezas anteriores. La forma irregular del promontorio de piedra que cierra la bahía impone una poligonal quebrada y un sistema de terrazas degradantes hacia el mar con el fin de crear las sucesivas cortinas de fuego defensivo, hasta ras de agua, culminante en la última batería denominada «los doce Apóstoles». Los muros de las terrazas se yerguen netos y precisos en su perfección geométrica, resaltando los dos volúmenes principales sobre el plano horizontal del espejo de agua en un contrastante efecto de luces y sombras. La mole pétreo es un desafío al frágil maderamen de los barcos atacantes: no es un mimetizarse con la naturaleza, sino resaltar por la forma y el color — toda la construcción era ocre y blanca — un demostrar la propia existencia, incitando a la confrontación abierta y directa, seguro de la inexorabilidad del resultado final.

Sin embargo, hacia tierra, defendiendo los posibles ataques de retaguardia, reaparecen los baluartes macizos, casi simétricos, defendidos por la secuencia de cañones en su borde superior y las profundas troneras perforadas en los flancos que defienden el acceso al castillo. El profundo foso seco — vacío de piedra convertida en construcción — establece un corte neto entre el peñón y el resto del territorio, no salvado ni siquiera por el acceso principal, marginado a un costado de los baluartes, reducido a la boca exterior de un profundo pasadizo abovedado. Es el deseo de mantener las distancias, de convertirse en isla, reconstruyendo la naturaleza, levantando el muro límite del desfiladero sobre la roca viva, impidiendo al ojo observador descubrir el corte entre la obra de la naturaleza y la obra del hombre.

La posición del Morro, alejado de la ciudad, impone una escala diferente de las

precedentes edificaciones militares. Todas las funciones vitales de los soldados defensores deben consumirse en su interior, compensando la carencia del medio urbano: por lo tanto la plaza de Armas no constituye el típico espacio abierto de maniobras, encontrándose ocupado por los bloques de varios pisos — cuarteles de la tropa, viviendas de los oficiales, vivienda del comandante, capilla — reproduciendo en el interior de la ciudadela el «efecto ciudad». El patio queda así convertido en callejones profundos de circulación proyectados radialmente hacia los bastiones y terrazas por medio de rampas y escaleras que establecen la estructura dinámica asociada a la acción, al movimiento de los hombres actuantes en los diversos niveles defensivos para interrumpir el camino lineal de la flota agresora. Antonelli ha logrado insertar en esta obra dos tradiciones antagónicas formando un conjunto homogéneo: la integración orgánica con la Naturaleza de la herencia medieval y la abstracción geométrica del racionalismo renacentista.

Al contar La Habana con las tres importantes fortalezas, además de las murallas que rodean la ciudad, se convierte en la primera plaza fuerte del Caribe, fuera de escala a las posibilidades agresivas de los piratas. La arquitectura militar asume el valor de símbolo de la ciudad: cuando Felipe II le concede el escudo en 1592, los tres castillos aparecen sobre el fondo azul del golfo de México, conjuntamente con una llave, representación del comercio con el Nuevo Mundo. La Habana será de ahora en adelante el punto clave del sistema defensivo del Caribe, núcleo extremo del climax comercial colonial que la hará acreedora de la denominación «Llave del Nuevo Mundo y antemural de las Indias Occidentales».

*Vista del patio interior, hacia el mar. Morro de Santiago de Cuba. Ver el juego de los volúmenes de la construcción y las diagonales de las rampas y escalinatas de acceso.*

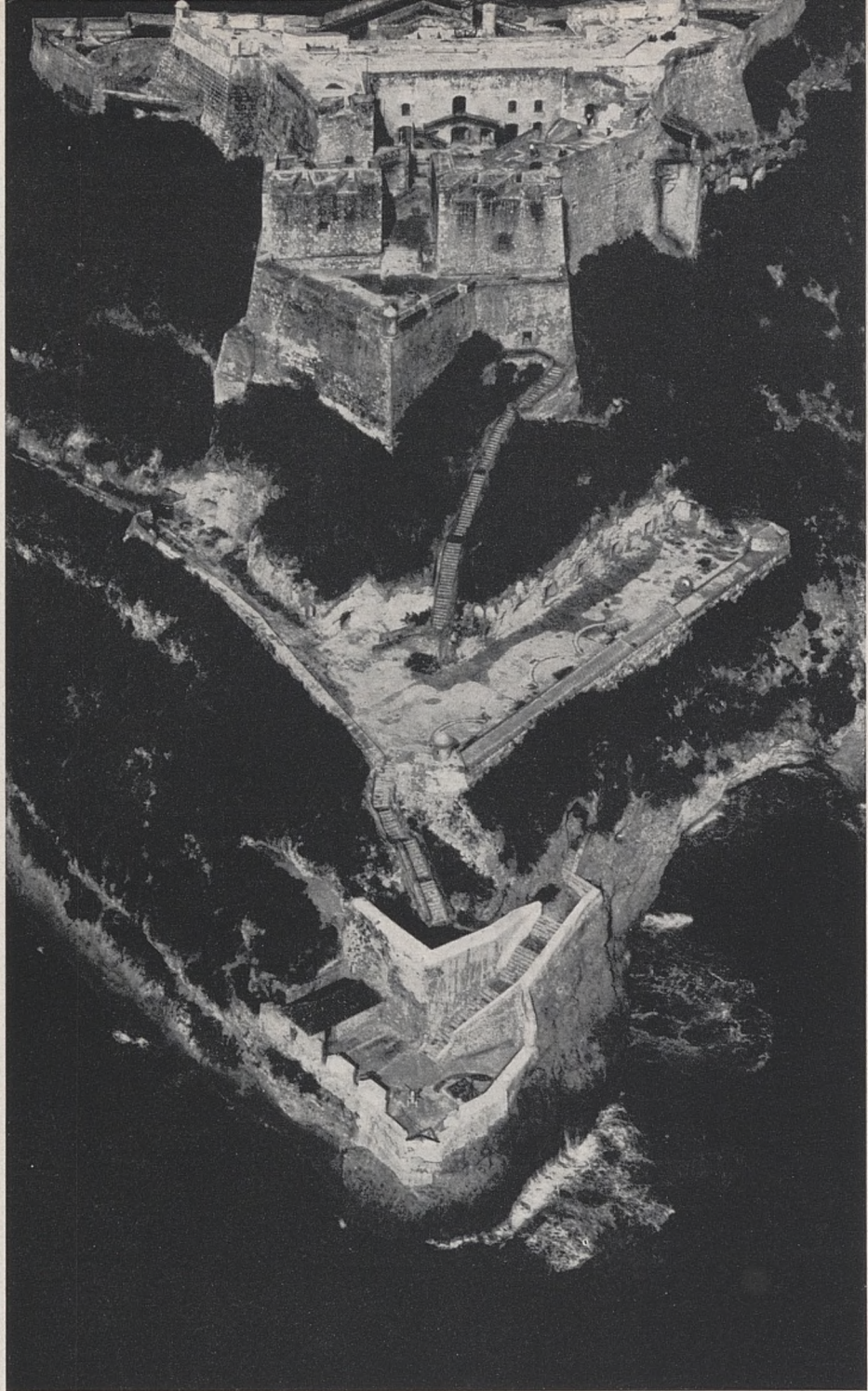
Photo Luc Chessex







El Morro de Santiago de Cuba — castillo de San Pedro de la Roca — pasó por diversas etapas constructivas: comenzado en 1643, destruido en 1662 por un ataque inglés y por un terremoto en 1678, fue completado a comienzos del siglo XVIII. Retoma conceptualmente diversos elementos del Morro de La Habana — la dualidad compositiva de los baluartes simétricos y los volúmenes libremente desgranados hacia el mar; la nitidez volumétrica de las terrazas, la acentuación de los valores cromáticos — esta vez es púrpura —. Mientras en La Habana la masa constructiva se desarrollaba sobre una plataforma horizontal, en Santiago la fortaleza comprende verticalmente el desplome de ochenta metros existentes entre la plataforma superior y la superficie del mar. La búsqueda del declive y a la vez de los puntos estratégicos, que dominen sucesivamente la bahía, el mar abierto y el acceso de tierra, determina la pluridireccionalidad de los volúmenes cúbicos macizos contrapuestos alternativamente a las directrices diagonales de rampas y escaleras de acceso. El concepto del límite, de la forma perimetral cerrada, autónoma dentro de sí misma ha desaparecido: inclusive no existe un corte radical entre espacios exteriores e interiores, entre el puro marco de espacio a cielo abierto y la cavernaria bóveda, artificial o excavada en la roca viva, porque el descenso hacia las sucesivas terrazas se produce en una continuidad vertical de escalinatas creadoras de sub-taludes y sub-plataformas u horadando la piedra en profundos túneles cubiertos. La plaza de Armas se ha desintegrado en dos espacios sucesivos, enmarcados por las altas paredes verticales de la construcción, que encuadran las visuales hacia el paisaje circundante. Los locales funcionales — dormitorios, salas de armas, capitanía, depósitos — constituyen la imagen negativa, el vacío de los volúmenes principales: las profundas bóvedas recuerdan los primitivos refugios del hombre, el espacio concebido como la no-materia; es la extracción de la roca que prima sobre la construcción en las mazmorras y casamatas adyacentes a las plataformas inferiores cercanas al mar.



Quien proyectó esta fortaleza no partió sectorialmente de una respuesta obligada a los problemas planteados por la estrategia militar: tuvo en cuenta la escala monumental del paisaje — único presente, por hallarse la ciudad a cinco millas de distancia — integrando la fortificación en él: a la plana superficie de la meseta de acceso suma casi a ras de suelo la elaborada geometría de los baluartes, las garitas, el foso — esta vez simbólico — y la tímida acentuación decorativa de la puerta de acceso. A la violenta contraposición de los elementos dominantes — la superficie horizontal del mar y el perfil escarpado de la Sierra Maestra — contraponen las verticales y netas murallas de piedra, repitiendo en una resonancia de eco, con una voz humana, la proyección majestuosa de la montaña.

**El Morro de Santiago de Cuba**  
*Las Distintas plataformas: 80 metros entre la plataforma superior y la superficie del mar*

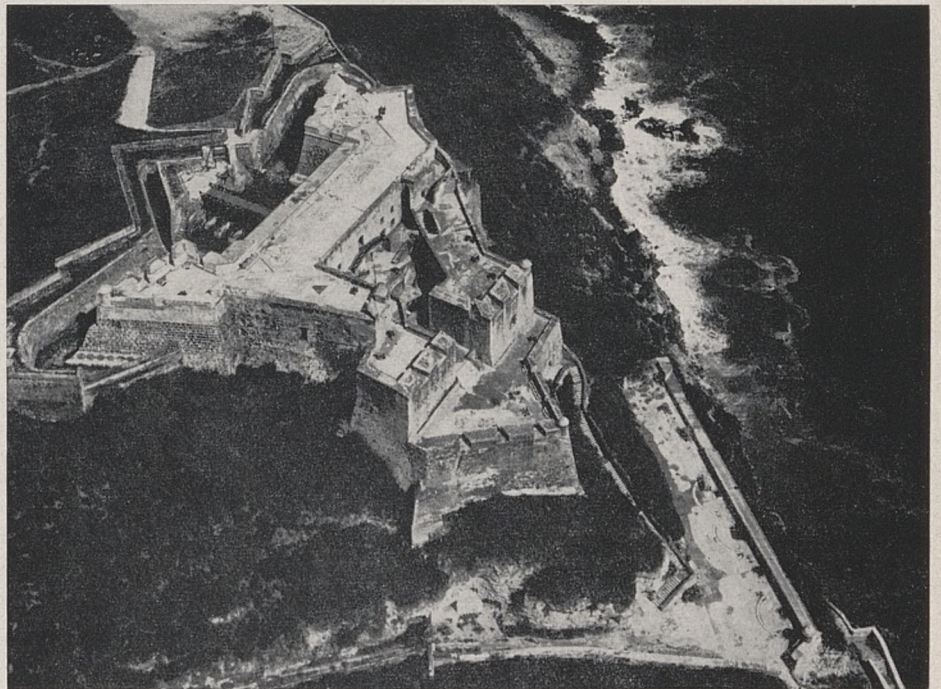
*Boveda cavernaria-artificial excavada en la piedra viva*  
 Photos Paolo Gasparini



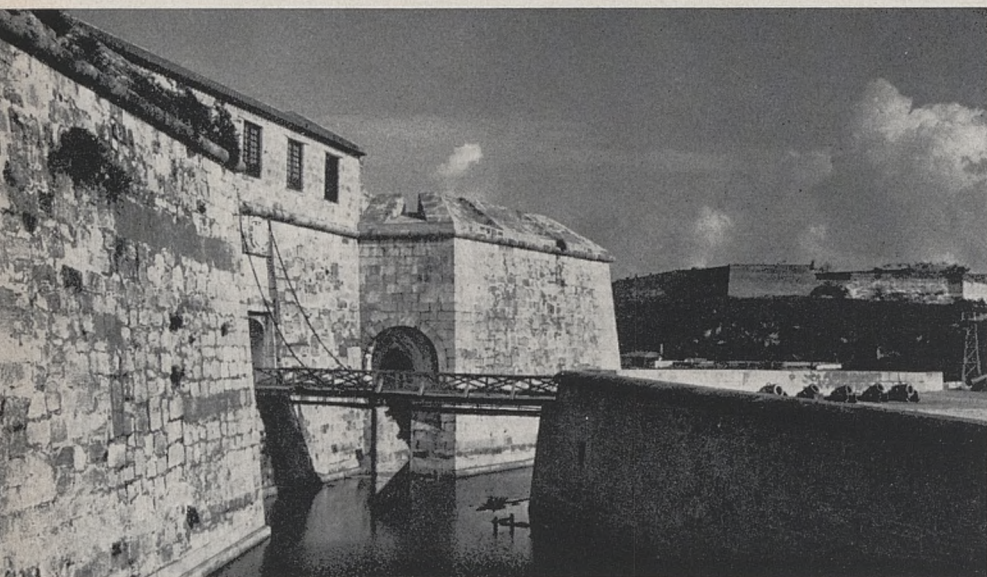
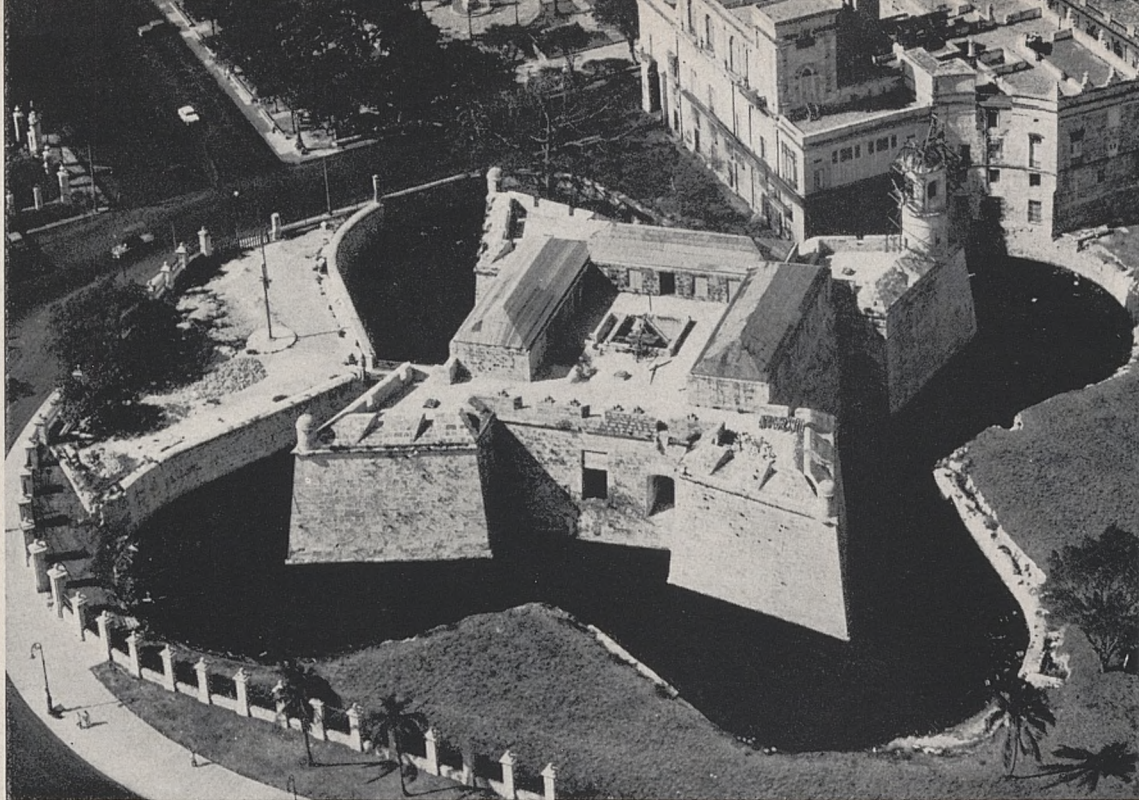
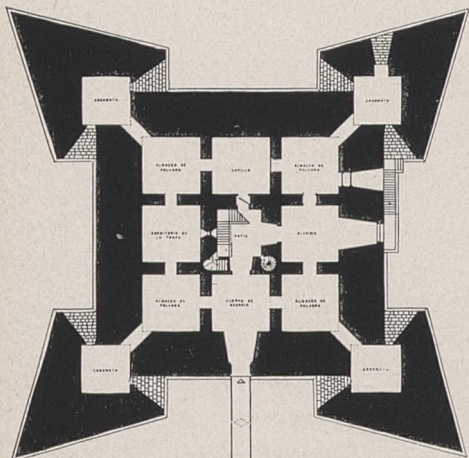
La forma de la fortaleza cambia constantemente según la dirección de las visuales, así como el fuego de los cañones podía cubrir las infinitas diagonales, alcanzando el blanco: desde el mar resalta la volumetría pura, amenazadora en el ritmo escandido de su límite superior producido por las troneras, hendiduras profundas en la masa de piedra; desde tierra desaparece el volumen convertido en perfil, simple grafismo geométrico, regularizador de la sinuosa curva del declive natural. Queda así lograda la impenetrabilidad de la bahía de Santiago de Cuba, ante la presencia del Morro, reforzada por las fortificaciones secundarias — los fuertes de la Estrella y de Santa Catalina — que prolongan su acción defensiva al interior de la bahía. Las fortificaciones de La Habana, levantadas en el siglo XVII, demostraron su eficacia frente a los ataques piratas, pero sucumbieron ante el sitio de un ejército enemigo convencional. En 1762 España entra en la Guerra de los Siete Años, existente entre Francia e Inglaterra. En vez de mantener la guerra en el continente europeo, conociendo Inglaterra la importancia estratégica de La Habana y suponiendo la posibilidad de una mayor penetración económica en el Caribe, envía una poderosa flota al mando de Sir George Pockoc y el Conde de Albemarle, compuesta por 200 navíos, 8000 marinos y 12 000 soldados; la fuerza militar más poderosa reunida en el Nuevo Mundo para una operación bélica. Luego de 44 días de asedio al castillo del Morro y a la ciudad, por mar y tierra, logran vencer las defensas, al haber ocupado una altura desde la cual se dominaba el Morro y la ciudad. Al recuperar La Habana, los españoles deciden modernizar y ampliar las fortificaciones para hacerlas eficientes, no ya a escala de los piratas, sino de los posibles ejércitos invasores. La solución adoptada conserva el concepto de los puntos militares obligados, de la roca-fuerte defendida

pasivamente, caduca ya a breve plazo en el arte militar. El estatismo intelectual de España no permite más que el apego a lo reconocido por la tradición, sin asimilar la experiencia dinámica que había permitido tantos éxitos en las acciones piratas del Caribe. Las nuevas moles de piedra imponen gigantescas inversiones, demostrativas del significado económico que aún poseían las colonias para España y en particular Cuba: al gastar 60 millones de dólares para construir la fortaleza de la Cabaña — tanto como el botín obtenido por los ingleses al tomar La Habana — quizás no vislumbraban el cercano ocaso del imperio colonial.

*Vista aérea del patio inferior Pluridireccional de los volúmenes cúbicos y directrices diagonales de rampas*







### Castillo de La Fuerza, La Habana (1558)

Photo Paolo Gasparini y Segre

### El Morro de Santiago de Cuba ▶

*Vista desde una Plataforma inferior*

Photo Paolo Gasparini

Estas construcciones militares cumplen fundamentalmente con el objetivo de defender la ciudad de ataques por tierra, ocupando los puntos estratégicos de las alturas adyacentes a la misma: continuando el peñón fortificado del Morro, la fortaleza de San Carlos de la Cabaña levanta una barrera vertical de 700 metros de longitud en la costa oriental de la bahía, sobre una prominencia que domina la ciudad y la costa por encima del Morro; al fondo de la bahía queda ubicado el castillo de Atarés y en la zona occidental el castillo del Príncipe. Las innovaciones aportadas por los técnicos franceses substituyen la tradición de los constructores italianos. Las fortificaciones responden plenamente a los enunciados de Vauban, en especial al castillo de la Cabaña, construido entre los años 1763 y 1774, proyectado por el ingeniero M. de Vallière y dirigido por el ingeniero Silvestre Abarca. Mientras los

restantes castillos, al estar separados de la ciudad, mantienen un perímetro cerrado homogéneo, éste queda volcado hacia una sola cara, separado de la bahía por un simple muro limítrofe; podríamos decir que forma un fragmento longitudinal de fortificación, en el cual aparecen todos los atributos típicos: la poligonal intensamente fragmentada del muro de escarpa, los dobles bastiones principales, los bastiones sueltos y los revellines de protección exterior, distanciados por medio del foso de los baluartes principales. El perfeccionamiento de la técnica militar complejiza la estructura interior, debido también a la diversificación de las funciones y al aumento considerable de la población defensiva. En realidad, a pesar del carácter arquitectónicamente más elaborado de estas fortificaciones, el vuelo formal alcanzado por las predecesoras no puede repetirse: las especificaciones europeas son

asumidas con un límite de libertad menor que no llega a alterar la composición prefijada por los manuales.

La Habana, convertida en la plaza fuerte más importante de América Latina no volverá a utilizar sus flamantes defensas. Desmoronadas las posesiones continentales de España, el perfil amenazador de aquella muralla proyectará su sombra sobre la ciudad: a partir del siglo XIX, tal como ocurre en los países de Europa, las fortificaciones asumirán el papel de protectoras del poder político contra los movimientos revolucionarios internos; creando un cinturón represivo alrededor de la ciudad. El proceso histórico invierte así una función arquitectónica; pero en ella la arquitectura deja de poseer vigencia: la cáscara es ahora mudo testigo del acontecer humano.

Roberto Segre



